**La Pintura en la Continuidad de los Parques**

Pintar la pintura, utilizando nada más que la propia pintura por el color. Utilizar el color como explosión de contagio por todo el espacio, propagándose en la conformación de una pintura que se reduce a sí misma y por ello se desembaraza de cualquier excedente externo. Pintar en la pintura la aventura sígnica pictórica, altamente concentrada y eminentemente reaccionaria a interferencias o condensaciones interpretantes no irrigadas por el propio acto de pintar. Así son las obras de Rubén Rodrigo, continuador de la inmersión activada de una conformación auto exclusiva del dominio de la inscripción pictórica, disociada de cualesquiera referentes que sobre ella puedan venir a ser depositados como excrecencias parasitarias. En primera instancia asociamos su práctica a las incisiones sutiles de capas y asociaciones cromáticas de Helen Frankenthaler, o a las configuraciones de implicación total o de deslizamiento y resbalamiento de tinta de Gerhard Richter. No obstante, más allá de estas filiaciones, Rodrigo se inserta en una actividad de proliferación ubicua en los territorios de la pintura, interconectando zonas de contagio por las operaciones del gesto aleatorio, no necesariamente de la action painting (Jackson Pollock) o del tachismo (Georges Mathieu), sino de una incursión metodológica por los universos orientales de la depuración cristalina del acontecimiento singular, unificado por la contingencia del momento de inscripción. Antes de cualquier complejización de confrontaciones entre tesituras de color, presentimos la sencillez de la simplicidad del acto de insertar en la pintura la donación singular de la inestabilidad del llenado irrepetible de las soluciones coloristas, unificadas por sus diferenciaciones tonales.

Josef Albers en su obra *Interaction of Color* refiere que los colores depositados en una superficie no son entidades estáticas, impasibles de relación, sino altamente volátiles por las reciprocidades o antagonismos relacionales por ellos desencadenados. Así vemos las obras de Rubén Rodrigo, donde los colores se diseminan como entidades que rehúsan valores absolutos (jerárquicamente cuantificados), para dinamizarse por condiciones lumínicas, dimensiones, valores y tonalidades cromáticas, contingencias de afectividad entre matices y zonas de contacto. Los colores en Rodrigo son prodigiosos mapas de territorialización nómada, (des)ocupando lugares para reincidir nuevamente con estrategias diferentes. Junciones, superposiciones, yuxtaposiciones, regiones de coligación, istmos coloristas de elaboración metodológica, de exteriorización del evento gestual de llenar espacios antaño exentos de vida. Los espacios de intervención dan lugar a inaugurales orígenes de acción, donde el azar y la inestabilidad se elevan a instrumentos matriciales de una pintura abnegada y complacida con su propia configuración: pintura revelada por la

pintura, como aventura impar e inigualable de la exclusividad conceptual del gesto pictórico que se representa a sí mismo.

Pintura que rehúsa los artificios de la metáfora o de la exposición metonímica de interpretación (aunque no los excluya radicalmente), que subsume los atrevimientos discursivos a una mera estéril locuacidad que todo pretende alcanzar en una pintura que nada tiene que comunicar. En esta no-comunicación o rechazo renuente a mostrarse como síntoma pasible de interpretación, la pintura de Rodrigo no se deja encaminar por las búsquedas incesantes anamnésicas de un pasado codificado en su tejido pictórico, pues ella en lugar de intentar reconstituir un pasado es amnésica, indefinida en cuanto estrategia visual de un pensamiento subyacente y altamente obstinada en no desvelar potenciales historiales aliados a procesos discursivos de catalogación. Olvidada del mundo objetual, de las figuraciones, de las representaciones, de las ocasiones conceptuales extra-artísticas para condensarse e inmovilizarse en la condición fundacional de su génesis: pintar retratándose.

Quizá el título de la exposición, *Continuidad de los Parques*, sea la instancia conceptual más ajustada como posible metaforización (aquí podemos usarla) de la pintura de Rubén Rodrigo. El homónimo cuento de Julio Cortázar traza una narrativa que más que exteriorizar un acontecimiento, lo vuelve hacia su interior, que se enreda en una indistinción fundamental entre lector y personaje, en una indefinición absoluta. La ausencia de límites de esta metaficción invierte la pasividad en actividad, neutraliza los ensimismamientos de un lector despreocupado que lee, llevándolo a concienciarse de que de repente ha pasado a ser personaje activo en la dimensión narrativa ambigua. Cortázar narra que el lector/personaje se dejaba ir *hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento*[1]. ¿No será este el instante de cristalización en que Rodrigo se torna el observador/pintor de una pintura que se ejecuta por un proceso de intensificación de su interior, denegando cualquier interferencia externa? ¿No será la pintura de Rubén Rodrigo la metáfora más certera de la metapintura?

Rodrigo Magalhães

[1] CORTÁZAR, Julio. *Final del Juego*. Penguin Random House, Barcelona. 2016, p.11-12.